

LA FICHA:

El recorrido descrito abarca unos 14 kilómetros de ida y otros tantos de vuelta por el mismo camino.

De Añón a Alcalá la pista es sencilla, con una ligerísima pendiente casi inapreciable.

A partir de Alcalá el camino se complica un poco, aunque al principio no demasiado.

En la parte final hay una fortísima rampa, larga y muy empinada, que asciende hasta un collado con buenas vistas sobre las Peñas de Herrera; a continuación viene un descenso vertiginoso hasta Talamantes. En el regreso, las pendientes se invierten.

En la parte final hay una fortísima rampa, larga y muy empinada, que asciende hasta un collado con buenas vistas sobre las Peñas de Herrera; a continuación viene un descenso vertiginoso hasta Talamantes. En el regreso, las pendientes se invierten.

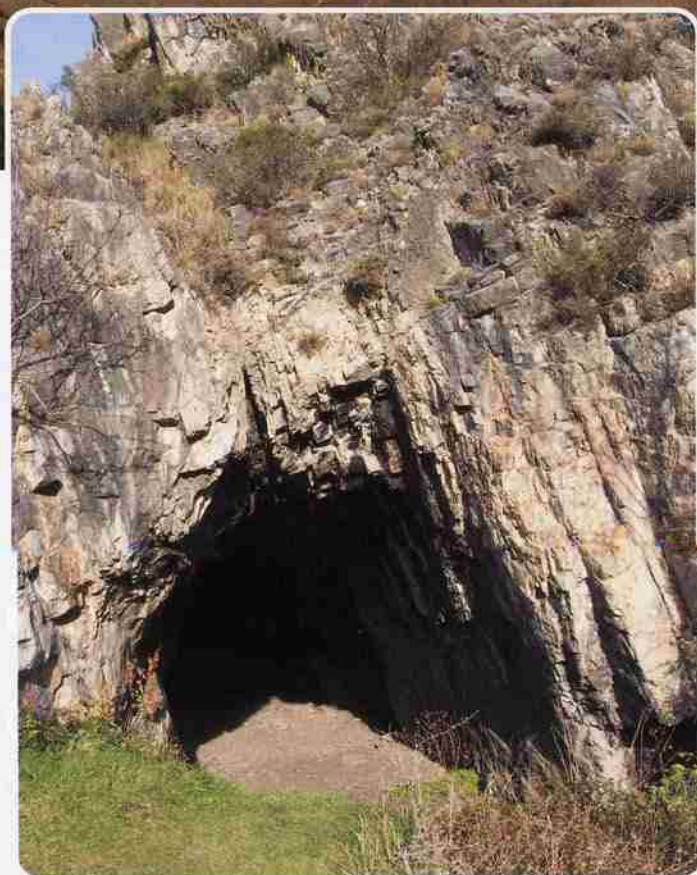
Contacta con nosotros en:
enbici@aragonrutas.com

Texto y fotos:
MIGUEL MENA

en acción 

de añón a talamantes

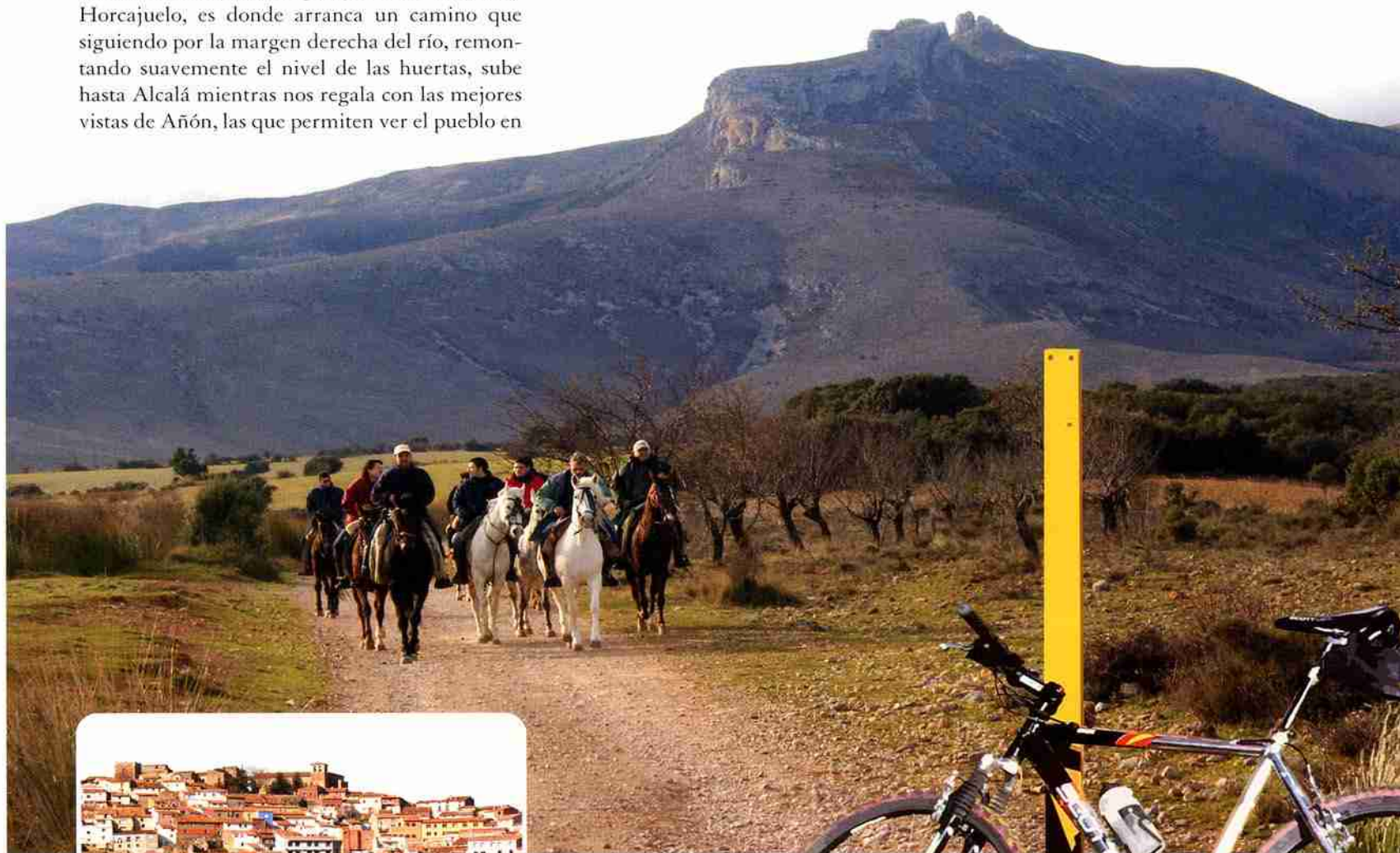
Buscando perlas por el Moncayo



El Moncayo se oculta tras la niebla invernal.
Sobre estas líneas: gruta en las cercanías de Añón.

De todas las localidades que se asientan en la vertiente norte del Moncayo, quizá sea Añón una de las más conocidas y frecuentadas. A Talamantes le ocurre justamente lo contrario: permanece como uno de los rincones más ocultos y misteriosos de aquella zona, a pesar de ser uno de los enclaves más bellos del contorno. El olvido de Talamantes encuentra su justificación en que sólo llega hasta allí una tortuosa carretera que arranca en Bulbunte, pasa por Ambel y muchas curvas después, tras 17 eternos kilómetros, se detiene en esta localidad bendecida por el paisaje las Peñas de Herrera. Sin embargo, ir de Añón a Talamantes es mucho más corto; por supuesto por el camino marcado como “Sendero de Gran Recorrido GR 90”, pero también dando un pequeño rodeo por la pista que pasa junto a Alcalá de Moncayo.

Añón le sobran los encantos: su disposición en la ladera de un monte, con las casas asomándose al barranco, sus calles empinadas y estrechas, el entorno de la iglesia y el castillo, las vistas hacia el Moncayo, hacia Alcalá y hacia las Peñas de Herrera, y el lugar más frecuentado por los visitantes, el valle que abre el río Huecha en sus primeros pasos, con dos conocidas cuevas y un merendero que suele hallarse a rebosar en los días de verano. Precisamente por ahí, en ese rincón que recoge las aguas que vienen de barrancos más altos, de parajes como Morana y Horcajuelo, es donde arranca un camino que siguiendo por la margen derecha del río, remontando suavemente el nivel de las huertas, sube hasta Alcalá mientras nos regala con las mejores vistas de Añón, las que permiten ver el pueblo en



Un grupo de jinetes cabalga en las cercanías de las Peñas de Herrera. Debajo, el caserío apiñado de Añón.



Arriba,
las Peñas de Herrera.

Derecha:
Cementerio de Alcalá.
Debajo: los restos del
castillo de Talamantes.



su totalidad con el fondo del Moncayo, una montaña siempre majestuosa, da igual que se vista con el verde del verano, con los tonos rojizos y amarillentos del otoño, con la nieve blanca del invierno o incluso en los días como hoy en que una nube inmensa se queda varada en él, cubriéndole como un manto de algodón, cosa que sucede con bastante frecuencia.

El recorrido de Añón a Alcalá tiene todas las virtudes curativas que puede desear un paseante: sencillo, corto, cómodo, con abundante vegetación, sin posibilidad de pérdida, es mil veces preferible a la carretera que une ambos pueblos transintando en paralelo, por la ribera izquierda del río.

El camino nos deja en la parte alta de Alcalá, cerca del acceso a la urbanización Villa Cumbres del Moncayo, cuya construcción causó en su día una gran polémica. En esos chalets veranean muchas familias procedentes de Navarra y Guipúzcoa, territorios que en cierta medida han tomado la delantera a la propia Zaragoza en el descubrimiento del potencial turístico de esta zona.

El pueblo de Alcalá es de algún modo el gran vigía de “la Huecha”. Se eleva sobre el valle que traza el río y queda expuesto a la furia de los vientos, al contrario que Añón, que se refugia del cierzo en una ladera que da la espalda al oeste. A cambio de esa desventaja climatológica, Alcalá goza de las mejores vistas del contorno. Lo

domina todo. La herencia que le queda de sus funciones defensivas, como tantas poblaciones de franja fronteriza entre los reinos de Navarra, Castilla y Aragón, es una posición privilegiada desde la que contemplar un horizonte de valles y montañas. Eso en Alcalá lo saben hasta los muertos, porque el cementerio, que al contrario de lo que suele ser habitual se halla pegado a la población, se sitúa en un costado desde el que se observa una espléndida panorámica. Es un camposanto pequeño, de esos que no inspiran temor, sino paz, lleno de “meleros” y “tejeros”, los dos apellidos dominantes en esta localidad, y en cuya entrada hay un nicho ocupado por dos hermanos, la niña Priscila y un joven soldado llamado Bolusiano, de los que nada sé ni sabré nunca, pero cuyas fotos ancladas en la lápida te observan y te conmueven como conmueve siempre la vida arrebatada antes de hora, vidas congeladas en ese instante en blanco y negro que preserva para siempre la imagen de los difuntos.

Para seguir desde Alcalá hacia Talamantes hay que tomar como referencia las Peñas de Herrera y poner rumbo hacia ellas. En un paisaje de cerros ondulados, estas peñas destacan por su perfil vertical y agreste. Vistas desde lejos parecen el espinazo de un enorme animal, como si sobresalieran las espaldas de un pez gigantesco.

Cuando avanzo en aquella dirección, me cruzo con un grupo de personas a caballo. La estampa de los jinetes con el fondo de los montes tiene algo de película del Oeste, aunque en este paisaje la presencia de caballos provoca una sensación de placidez más que una estampa guerrera. En cualquier caso la imaginación es libre y no cuesta nada pensar en un vigía “piel roja” agazapado en los roquedales que dominan el paisaje, dispuesto a lanzar el grito de guerra y caer sobre los invasores del 7º de Caballería. Después de todo, en estas tierras se han disputado algunas batallas, y prácticamente no hay un pueblo que no conserve restos de algún castillo fortificado que sirvió para su defensa.





Izquierda: restos del castillo de Añón.

En la foto grande:
Una de las casas de la localidad
asentada al borde del precipicio.

También lo tiene Talamantes, aunque de este castillo sólo permanece en pie un muro almenado. Era una fortaleza de origen templario, después ocupada por los “sanjuanistas”, caballeros de la Orden de San Juan de Jerusalén que tuvieron una gran importancia en este territorio, especialmente en la zona de Ambel. Es lo primero que se ve, antes de divisar el pueblo, cuando se llega desde Alcalá, después de haber superado una larguísima cuesta no apta para personas desentrenadas.

Para quien nunca ha estado allí, Talamantes constituye una de las grandes sorpresas del Moncayo, la perla escondida entre las montañas, ese pueblecito apartado, lleno de encanto, que se ha mantenido habitado por los pelos, lo justo para evitar que el vacío lo desmoronara. No es un lugar fácil para vivir; apenas se mantienen allí unas decenas de personas, pero la belleza del lugar ha motivado que durante los últimos años se hayan recuperado un buen número de casas como segunda residencia, y más que se van a recuperar próximamente por las indudables bondades turísticas de este rincón, uno de esos sitios perfectos para el turismo rural.





La localidad de Talamantes con el telón de fondo de las Peñas de Herrera.

El casco urbano se asienta sobre una ladera bajo el castillo, con calles estrechas y empinadas, y enfrente discurre el arroyo de Valdeherrera, se abren hueco las huertas y un poco más arriba se asienta la ermita del patrón de la localidad, San Miguel. Como telón de fondo, la estampa más majestuosa de las Peñas de Herrera. Talamantes es un lugar perfecto para el descanso, pero también para los amantes del senderismo que desde aquí pueden partir de excursión hacia la cara oculta del Moncayo (la zona de Calcena y Purujosa) o cualquiera de los parajes naturales que rodean el pueblo. En menos de dos horas de caminata se pueden alcanzar puntos como el barranco de Valdeplata, el collado del Campo, la propia cumbre de las Peñas de Herrera o cualquier otro punto que uno quiera elegir sobre el mapa de una zona en la que cualquier paseo discurre por lugares de un gran interés.

El aislamiento ha ido dejando a Talamantes con pocos vecinos y la larga distancia que lo separa de la carretera nacional, así como el hecho de que la carretera finalice allí, no facilitan su explotación turística. El tiempos se barajó

el proyecto de convertir en carretera la pista entre Alcalá y Talamantes. Simplemente con que fuera una pista asfaltada, similar a la que recorre la cara norte del Moncayo, Talamantes quedaría a quince minutos de Veruela y podría aprovecharse mejor del empuje turístico que está adquiriendo el Somontano del Moncayo. El día que se mejoren los accesos, Talamantes se convertirá en un lugar codiciado para negocios que ya están floreciendo en otros pueblos: hoteles (Añón, San Martín), albergues (Alcalá), restaurantes (Veruela, Litago) o casas de turismo rural. Mientras tanto espera su oportunidad y guarda toda su dignidad y su belleza para quien lo quiera descubrir, en coche, en bici, a caballo o a pie.

Tampoco sería mala idea hacerlo desde el aire, aunque ése es un lujo al alcance de muy pocos, una comodidad en la que piensa el ciclista cuanto, tras recorrer tan bonito pueblo, se enfrenta con paciencia y resignación a la larga cuesta que ha de remontar para volver al punto de partida. Aún así, el ciclista da el esfuerzo por bien empleado y se repite que, digan lo que digan las piernas y el corazón, Talamantes bien vale una cuesta ●